

XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2011.

Neutralismo y germanofilia en la Argentina durante la Primera Guerra Mundial.

Tato, María Inés.

Cita:

Tato, María Inés (2011). *Neutralismo y germanofilia en la Argentina durante la Primera Guerra Mundial. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/218>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**XIII Jornadas Interescuelas
Departamentos de Historia
San Fernando del Valle de Catamarca
10, 11, 12 y 13 de agosto de 2011**

Número de la mesa: 34

Título de la mesa: Dimensiones de la vida política en la Argentina a comienzos del siglo XX: actores, prácticas y cultura política, 1900-1930

Apellido y nombre de las/os coordinadores/as: Tato, María Inés – Rojkind, Inés

Título de la ponencia: “Neutralismo y germanofilia en la Argentina durante la Primera Guerra Mundial”[♦]

Apellido y nombre del/a autor/a: Tato, María Inés

Pertenencia institucional: CONICET/PEHESA-UBA

Documento de identidad: DNI. 18.330.825

Correo electrónico: minestato@gmail.com

“Ya no quedan en la Argentina más germanófilos que los súbditos del kaiser, como es natural; pues los argentinos que lo eran, han resuelto hacerse neutrales... ¡Denuncio, señores, que la neutralidad es hoy la forma encubierta del germanismo! Siendo imposible ya la defensa honorable del militarismo teutón, se osa proponer la abstención resignada”¹

Con esas duras palabras, el poeta Ricardo Rojas caracterizó a los partidarios del mantenimiento de la neutralidad argentina ante la Primera Guerra Mundial, desde la tribuna improvisada en el tradicional recinto del Frontón de Buenos Aires, rebosante de un público entusiasta. Su discurso clausuró el mitin celebrado el 22 de abril de 1917, tras cuya finalización se formó una columna de manifestantes de unas 20.000 o 25.000 personas, que desfiló hasta la Plaza de Mayo, cantando la Marsellesa y coreando consignas tales como “¡abajo la neutralidad!; ¡viva la patria!; ¡queremos la guerra!; ¡muera Alemania!”.² La escena pasaría a formar parte del paisaje cotidiano de las

[♦] El presente trabajo se inscribe en el marco de los Proyectos PIP 114-2009-0100096 “El impacto de la Primera Guerra Mundial sobre la sociedad argentina: nacionalismo, ciudadanía y movilizaciones de masas. Una aproximación desde el caso de la ciudad de Buenos Aires” (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) y UBACyT 20020090200023 “Nación, sistemas políticos y ciudadanía en la Argentina moderna, 1900-1945” (Universidad de Buenos Aires), bajo mi dirección. Agradezco a ambas instituciones el apoyo brindado a esta investigación.

¹ Ricardo Rojas, “La hora del destino”, en *La guerra de las naciones*, Buenos Aires, 1924 [1917], La Facultad, p. 21.

² “Por la causa de los aliados”, en *La Prensa*, 23/4/1917; “El gran acto cívico de ayer”, en *El Diario*, 23/4/1917.

principales ciudades argentinas en los meses siguientes, al calor de las vicisitudes de la crisis diplomática que enfrentaría al país con el Imperio Alemán. Asimismo, la identificación entre neutralismo y germanofilia expresada en esa ocasión se incorporaría en adelante al arsenal de los partidarios de la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania.

Sin embargo, esa etiqueta reduccionista, poderosa en las disputas políticas cotidianas, enmascaraba en realidad la notable heterogeneidad social y política de los sostenedores de la neutralidad. Esta ponencia se propone reconstruir a grandes rasgos la complejidad del campo neutralista y focalizar la atención en los germanófilos confesos, que –más allá de las representaciones de los rupturistas- constituían tan sólo una fracción del mismo.

I

Aunque la opinión pública había expresado tempranamente sus simpatías por uno u otro de los bandos beligerantes, la contienda tendió a ser percibida como un evento distante, ajeno a las preocupaciones cotidianas, excepción hecha –claro está- de las comunidades de inmigrantes residentes en el país, pendientes de los avatares de sus Estados.³ Especialmente durante el primer año de la guerra fueron frecuentes las movilizaciones espontáneas de apoyo a las naciones en lucha y el enrolamiento de soldados voluntarios, que se sumaron a las iniciativas benéficas de diferentes sectores sociales con vistas a colaborar materialmente con las víctimas civiles y con los combatientes, que se prolongaron durante toda la contienda.⁴ Sin embargo, ese

³ Acerca de las primeras repercusiones de la guerra en la opinión pública argentina, véanse Olivier Compagnon, “‘Si loin, si proche...’ La Première Guerre mondiale dans la presse argentine et brésilienne », en Jean Lamarre - Magali Deleuze, *L'envers de la médaille. Guerres, témoignages et représentations*, Québec, Presses Universitaires de Laval, 2007 ; Clara Jalif de Bertranou, “Diez años de la cultura argentina del Centenario a través de la revista *Nosotros*: opiniones sobre la Primera Guerra”, en *Cuadernos Americanos* n° 120, 2007.

Sobre las reacciones de las colectividades inmigratorias, cfr. Hernán Otero, *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, y María Inés Tato, “El llamado de la patria. Británicos e italianos residentes en la Argentina frente a la Primera Guerra Mundial”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* n° 70, en prensa.

⁴ Acerca de esas iniciativas, María Inés Tato, “La movilización de la sociedad argentina frente a la Primera Guerra Mundial”, en Silvia C. Mallo y Beatriz I. Moreyra (coords.), *Miradas sobre la historia social en la Argentina en los comienzos del siglo XXI*, Córdoba – La Plata, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti” - Centro de Estudios de Historia Americana Colonial (CEHAC), Universidad Nacional de La Plata, 2008.

activismo no implicó la impugnación de la política exterior adoptada por los dos mandatarios que se sucedieron en la presidencia durante la guerra. Esta política se correspondía con la tradición diplomática argentina y, al mismo tiempo, se orientaba a preservar las relaciones comerciales con todos los países envueltos en la contienda.

Como en otras naciones latinoamericanas, el quiebre del consenso neutralista se produjo en 1917, a raíz de la incorporación de los Estados Unidos a la contienda, factor que en el caso argentino se combinó con una serie de incidentes diplomáticos con Alemania.⁵ A partir de febrero de ese año, ésta reanudó la guerra submarina sin restricciones, que afectaba a todas las naves –incluidas las de países neutrales– que incursionaran por una zona de exclusión que rodeaba a Gran Bretaña, Francia, Italia y el este del Mediterráneo. Como resultado, el 3 de febrero los Estados Unidos rompieron relaciones diplomáticas con Alemania y dos meses después le declararon la guerra. Paralelamente, el *Monte Protegido*, buque de bandera argentina, era hundido por submarinos alemanes.⁶ La confluencia de estos dos acontecimientos imprimió un giro fundamental a las posiciones de la opinión pública argentina. El gobierno estadounidense inició una activa campaña para alinear a los Estados latinoamericanos con su política exterior, bajo el lema del panamericanismo, y sus apelaciones encontraron un terreno fértil en algunos sectores de la sociedad que se hallaban sensibilizados por los recientes incidentes de la guerra submarina. Aunque el gobierno argentino formuló en todos los casos inmediatas reclamaciones al Imperio Alemán, que fueron satisfechas, en septiembre la crisis diplomática llegó a su cenit como consecuencia de la difusión de telegramas cifrados enviados a su gobierno por el conde de Luxburg, ministro alemán en la Argentina, que habían sido interceptados y descifrados por los servicios de inteligencia de los Estados Unidos. En esos mensajes, Luxburg se refería en términos ofensivos al presidente Hipólito Yrigoyen y al ministro a cargo de la cartera de Relaciones Exteriores, Honorio Pueyrredón, y recomendaba a su país continuar con la guerra submarina irrestricta aunque “sin dejar rastros”. Asimismo,

⁵ Acerca de la evolución del consenso neutralista en América Latina, véase Olivier Compagnon, “Entrer en guerre? Neutralité et engagement de l’Amérique latine entre 1914 et 1918”, en *Relations Internationales* n° 137, 2009.

⁶ A este hundimiento habrían de seguirle el 6 de junio el del “Oriana” y el 22 de junio el del “Toro”.

dejaba traslucir un compromiso tácito del presidente argentino de evitar que en adelante los barcos argentinos se aventuraran por la zona de exclusión.⁷

La difusión de esta información causó una enorme conmoción en la sociedad. La neutralidad hasta entonces incuestionable fue puesta en entredicho por diversos sectores, que consideraban el hundimiento de esas naves como una afrenta a la soberanía nacional que imponía un cambio de rumbo a la diplomacia argentina. A lo largo del país, la opinión pública se dividió en dos bandos irreconciliables: los partidarios del sostenimiento de la posición oficial frente al conflicto y los que propiciaban la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania. Ambas facciones mantuvieron ásperos debates en los medios de prensa y protagonizaron masivas movilizaciones que tuvieron como escenario los espacios públicos más destacados de las principales localidades del país, en las que no estuvieron ausentes los enfrentamientos violentos.⁸ A pesar de que los rupturistas estigmatizaron a sus adversarios con el rótulo de “germanófilos”, en consonancia con la acusación de Rojas que abre esta ponencia, las argumentaciones de los neutralistas fueron variadas –más allá de algunos denominadores comunes-, dando cuenta de la complejidad de ese campo. A continuación trataremos de identificar algunas de las diferentes posiciones registradas entre los neutralistas durante el conflicto.

II

La posición del presidente Yrigoyen se enmarcaba sin dudas en los lineamientos seguidos hasta entonces por la diplomacia argentina. No obstante, también respondía a sus convicciones nacionalistas, manifestadas en la búsqueda de una alternativa al panamericanismo postulado desde Washington. Luego de producida la ruptura de relaciones de los Estados Unidos con Alemania, hubo varias iniciativas de diversos países latinoamericanos neutrales para concertar una posición en común independiente de la auspiciada por los Estados Unidos y defender sus intereses comerciales. Yrigoyen convocó en marzo de 1917 a una conferencia de naciones latinoamericanas, apoyada por México, a realizarse en Buenos Aires a principios de 1918, pero el ritmo de la

⁷ Acerca de este incidente diplomático, véase Juan Archibaldo Lanús, *Aquel apogeo. Política internacional argentina, 1910-1939*, Buenos Aires, Emecé, 2001, pp. 72-83.

⁸ María Inés Tato, “La contienda europea en las calles porteñas. Manifestaciones cívicas y pasiones nacionales en torno de la Primera Guerra Mundial”, en María Inés Tato y Martín O. Castro (comps.), *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2010.

guerra la frustró a medida que, bajo la presión norteamericana, Latinoamérica fue abandonando la neutralidad. Así, el nombre de la conferencia fue cambiando para adaptarse a esa realidad: de “Congreso de Neutrales” pasó a ser denominada “Congreso de Paz”, “Congreso Comercial” y “Congreso de las Naciones de América”.⁹ En los hechos, permanecieron neutrales, además de la Argentina, Chile, Colombia, México, Paraguay, El Salvador y Venezuela.¹⁰ La fallida convocatoria expresaba una lectura de las relaciones internacionales que podría ser interpretada como panhispanismo, una variante del hispanismo que estaba ampliamente extendido entre los intelectuales y políticos desde el cambio de siglo.¹¹ Implicaba el reconocimiento de una comunidad cultural de origen, formada por España y sus antiguas colonias, y al mismo tiempo una comunidad de destino, identificada con Latinoamérica como un colectivo. Prueba concluyente de esa afinidad cultural la proporciona el decreto de Yrigoyen del 4 de octubre de 1917 por el cual el 12 de octubre –fecha en la que se conmemora el descubrimiento de América por Cristóbal Colón- fue instituido como Día de la Raza.¹²

A pesar del fracaso de esta empresa, la posición oficial del gobierno radical se mantuvo invariable, aun cuando Yrigoyen adoptó algunas medidas –como el convenio de comercialización de la producción agrícola suscripto con los países de la Triple Entente- y formuló declaraciones públicas que dejaron traslucir su inclinación por los Aliados, tendencia caracterizada por sus partidarios como “neutralidad benévola”.¹³ No todo el partido oficialista comulgaba con la postura del primer mandatario, pero terminó imponiéndose la disciplina partidaria, que acalló los cuestionamientos abiertos de la tesitura presidencial. Por el contrario, las redes sociales del radicalismo y su vocero, el diario *La Época*, actuaron aceitadamente a la hora de sumarse a la campaña de apoyo a

⁹ Ricardo Weinmann, *Argentina en la Primera Guerra Mundial: neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos, 1994, p. 109 y 117; Lanús, *op. cit.*, pp. 87-89.

¹⁰ Lanús, *op. cit.*, p. 88.

¹¹ El hispanismo se extendió rápidamente por Latinoamérica tras la guerra hispano – norteamericana de 1898, que culminó en la independencia de Cuba, como un mecanismo de neutralización del imperialismo norteamericano (Oscar Terán, “Ernesto Quesada: sociología y modernidad”, en *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 207).

¹² Véanse los considerandos del decreto en *Documentos de Hipólito Yrigoyen*. Buenos Aires, Senado de la Nación, 1986, pp. 162-163.

¹³ “La resolución parlamentaria”, en *La Época*, 25/9/1917.

la política gubernamental, expresada en mítines masivos y en la suscripción de numerosos telegramas de adhesión reproducidos diariamente en la prensa.

Sin embargo, el campo neutralista no se circunscribió al radicalismo sino que abarcó a sectores muy heterogéneos de la sociedad argentina, embanderados con la causa neutralista por motivaciones muy disímiles. Entre ellos se destacaron algunos sectores del Partido Socialista (PS), que priorizaron el internacionalismo clasista y sostuvieron la neutralidad en tanto consideraron que la guerra era el resultado de la competencia de las potencias capitalistas en su estadio imperialista de desarrollo. Una argumentación clasista similar fue expresada por los anarquistas de la FORA, quienes afirmaron que “el proletariado organizado que lucha por su emancipación es contrario a todas las guerras que emprendan los grupos capitalistas y gobernantes (...) no pueden solidarizarse con la campaña artificiosa de los chauvinistas’ que tienden a precipitarnos a la guerra.”¹⁴

No obstante, aunque era dable esperar que el PS se atuviera a tal comportamiento en función de los principios de la doctrina socialista y de los postulados de la Segunda Internacional, el partido experimentó fuertes controversias internas en torno de esta cuestión, al igual que sus pares europeos, que determinaron al triunfo de la nación por sobre la clase. Aunque en abril de 1917 un Congreso Extraordinario del socialismo argentino había aprobado una declaración que establecía que la agrupación debía propender al mantenimiento de la neutralidad, en septiembre la representación parlamentaria del PS, encabezada por Juan B. Justo, votó una resolución favorable a la ruptura de relaciones con Alemania. Diversos centros socialistas manifestaron su enérgico repudio, considerando a esa medida como “una gravísima violación de la resolución expresa y terminante votada por el tercer congreso extraordinario del partido” que infringía “uno de los más fundamentales principios de la doctrina socialista”.¹⁵ La reacción de los neutralistas no se hizo esperar: abandonaron la agrupación y a comienzos de 1918 fundaron el Partido Socialista Internacional, devenido luego en Partido Comunista, de hecho el primero en su género en América Latina.¹⁶

¹⁴ “La guerra”, en *La Prensa*, 23/4/1917.

¹⁵ “Asuntos internacionales”, en *La Prensa*, 01/10/1917.

¹⁶ Richard J. Walter, *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, Austin, Institute of Latin American Studies – The University of Texas at Austin, pp. 143-145.

Además de la premisa clasista, los socialistas partidarios de la neutralidad habían suscripto en dicho Congreso una declaración instando a que el PS -y su órgano periodístico, *La Vanguardia*- “encadre su conducta en la defensa de la efectividad de nuestro comercio internacional”, dado que en caso contrario “se paralizaría la vida económica del país, y se afectarían la libertad de los mares y los ideales políticos que persigue la democracia socialista.”¹⁷ Esta argumentación que destacaba la necesidad de proteger los vínculos comerciales del país también era ardientemente sostenida por los sectores ligados al comercio agroexportador, que temían que un pronunciamiento categórico del gobierno en favor de uno de los bandos contendientes pudiera afectar la continuidad de las actividades comerciales en el corto o mediano plazo. Cabe destacar que esa previsión no era infundada: hacia 1913 las cifras del comercio exterior argentino mostraban un incremento notable de los intercambios con Alemania, seguida por el Reino Unido.¹⁸ La salvaguarda de los vínculos comerciales con todos los países beligerantes sería precisamente el *leit-motiv* del Comité por la Libertad del Comercio, que afirmó en su manifiesto fundacional que “la República Argentina no debe embarcarse en una aventura internacional o por mejor decir entrar por simple simpatía a favor de uno de los dos grandes grupos de beligerantes de la tragedia europea” y que “el país necesita trabajar, debe abastecer al mundo, si es posible, con la tranquilidad de la paz y la libertad de comercio”.¹⁹

Por otra parte, tanto la jerarquía como el laicado católico también se pronunciaron por la neutralidad, acorde con las directivas emanadas del Vaticano, que juzgó “contrario a la prudencia cristiana y al mismo espíritu sacerdotal” que el clero manifestara su simpatía por uno u otro de los bandos beligerantes, por lo cual recomendó que los sacerdotes “deben pedir por la paz, que es el bien supremo, y dejar al juicio de Dios el inclinar hacia una u otra parte la victoria,”²⁰ conducta que proponía hacer extensiva al conjunto de los fieles.²¹ El flamante papa Benedicto XV adoptó un rol de imparcialidad y moderación, plasmado en activas gestiones en favor de los

¹⁷ “Asuntos internacionales”, en *La Prensa*, 18/4/1917.

¹⁸ Lanús, *op. cit.*, pp. 113-114.

¹⁹ “Asuntos internacionales”, en *La Prensa*, 30/9/1917.

²⁰ “La neutralidad y el clero”, en *El Pueblo*, 10/10/1914.

²¹ “La Santa Sede y la guerra”, en *El Pueblo*, 05/11/1914.

prisioneros, los refugiados y los deportados, y del intercambio de heridos graves, en exhortaciones a la paz y en ofrecimientos de mediación rechazados por ambos bandos.²² Tanto el diario *El Pueblo* como los Círculos de Obreros y la Unión Democrática Cristiana secundaron ese temperamento y defendieron la iniciativa del Poder Ejecutivo de convocar a un congreso de países neutrales.²³ Asimismo, la Unión Democrática Cristiana adhirió y tuvo una participación activa en las manifestaciones públicas organizadas por la Liga Patriótica Argentina Pro Neutralidad, entidad fundada en abril de 1917 que aspiraba a centralizar la militancia a favor de la defensa de la neutralidad.²⁴

Por último, entre los neutralistas también se contaban algunos intelectuales formados en la cultura germánica, que constituyen el objeto del siguiente apartado.

III

Las primeras intervenciones de los intelectuales germanófilos estuvieron dictadas por su percepción del desconocimiento de Alemania por la mayor parte de la sociedad argentina. Ciertamente, la causa germánica despertaba simpatías en una minoría de la sociedad, constituida por los profesionales del derecho, la medicina y la milicia.²⁵ Ese desconocimiento se explica por la acendrada francofilia de la elite, formada en el modelo cultural francés, hegemónico desde mediados del siglo XIX, que sirvió de base a la aliadofilia verificada en tiempos de la Gran Guerra.²⁶ Asimismo incidió el monopolio de las comunicaciones ejercido por el Reino Unido, que tras su declaración de guerra a Alemania cortó los cables telegráficos submarinos que unían a

²² Acerca de las iniciativas papales y de los recelos y las acusaciones de parcialidad que provocaron en ambos bandos, véase *Nueva historia de la Iglesia. La Iglesia en el mundo moderno*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1984, pp. 470-474.

²³ “La contienda europea y nosotros”, “El congreso de la América Latina”, “El congreso sudamericano de naciones neutrales”, “Situación internacional”, en *El Pueblo*, 08/0/1917, 18/4/1917, 21/4/1917 y 26/4/1917, respectivamente; “Asuntos internacionales”, en *La Prensa*, 19/4/1917 y 29/9/1917.

²⁴ “La neutralidad de nuestro país en la guerra”, en *El Pueblo*, 23-24/4/1917.

²⁵ Weinmann, *op. cit.*, pp. 63-64.

²⁶ Sobre los avatares de la influencia cultural francesa en América Latina, véase Denis Rolland, *La crise du modèle français. Marianne et l'Amérique latine. Culture, politique et identité*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2000.

Sobre este punto, Ernesto Vergara Biedma, un reconocido germanófilo, ironizaba: “Aquí no hay aliadófilos, hay francófilos y ni aun esto es toda la verdad, porque escarbando un poco, encontramos que sólo hay parisiensófilos.” (*Guerra de mentiras: el discurso de Wilson y el peligro yanqui*, Buenos Aires, L. J. Rosso, 1917, p. 44).

su enemigo con América, impidiendo así la llegada de informaciones alternativas acerca de la contienda. No es de extrañar que la prensa argentina, que recibía las noticias de las agencias aliadas Havas y Reuter, reflejara de manera abrumadora la perspectiva de los Aliados, que lograron instalar con éxito la imagen de Alemania como “la patria del militarismo y de la obediencia ciega, la cárcel de la libertad, la torcedora de la expansiva voluntad del hombre, el instrumento dócil (...) de un emperador llamado por el destino, como Atila, a ser el azote de la humanidad y la ruina de la civilización (...) la opresión, la injusticia y la crueldad”,²⁷ hasta el punto de “pretender sintetizar el conflicto en una antítesis entre civilización y barbarie, liberalismo y despotismo, progreso y atraso”,²⁸ tan cara a la tradición liberal argentina. Las voces periodísticas favorables a los Imperios Centrales se limitaban a la prensa de las comunidades de inmigrantes de ese origen y al diario *La Unión*, fundada por Hermann Tjarks.

Uno de los puntos centrales que buscaron refutar fue el supuesto carácter retrógrado y bárbaro del II *Reich*. A ello se consagró el trabajo citado de Quesada, un catálogo minucioso y exhaustivo, pletórico de estadísticas, de los logros germanos alcanzados en diversas ramas del quehacer cultural y económico (educación, ciencias, artes, agricultura, industria, finanzas, comunicaciones, seguridad social), así como de sus aportes a la civilización contemporánea, reivindicados apasionadamente por Ramos en un ensayo más extenso.²⁹ De este esplendor en todos los rubros se desprendía como premisa necesaria que la paz era la condición indispensable para la continuidad y la

²⁷ “La palabra del Dr. Juan P. Ramos”, en *La Unión*, 18/3/1915.

²⁸ Ernesto Quesada, *La actual civilización germánica y la presente guerra*, Buenos Aires, s/e., 1914, p. 5.

²⁹ “una nación que ha sido la más legítima heredera de la tradición de Grecia en la elaboración del pensamiento filosófico de la humanidad; una nación que ha creado la música más admirable y más profunda que haya podido concebir el alma del hombre (...) una nación que ha hecho salir de sus entrañas fecundas a un Goethe para tener en él la más admirable síntesis intelectual humana que hayan visto jamás los siglos; una nación que ha logrado difundir la cultura superior y la instrucción elemental en una forma que ningún otro pueblo ha conseguido sobrepasar ni igualar siquiera; una nación que, a pesar de estar gobernada por un poder imperial y por varios poderes federales menores organizados sobre la base de una aristocracia activa y celosa de sus privilegios y de sus prerrogativas, es la única que hasta hoy ha logrado resolver el problema obrero con un cuerpo de leyes y de instituciones que no tiene su semejante en ningún otro país civilizado de la tierra; una nación que ha levantado el alto monumento de una legislación civil, comercial y penal que es estudiada hoy a fondo en todas las grandes universidades del resto del universo; una nación que de la casi pobreza industrial anterior a la constitución del actual Imperio ha pasado a ser en cuarenta años uno de los centros de más intensa producción fabril que se conozca (...) una nación que, en una palabra, ha querido ser y ha logrado serlo en gran parte, Atenas para las aptitudes superiores del espíritu, esparta para desarrollar en el individuo el valor, la capacidad y la energía necesarias para defender a su patria (...) Corinto para expandir por el mundo (...) la enorme plétora de su producción industrial” (Ramos, *La significación de Alemania en la guerra europea*, Buenos Aires, s/e., 1915, pp. 26-27).

profundización del crecimiento económico y del desarrollo cultural alemanes. En consecuencia, se desmentía otro de los aspectos endilgados al Imperio Alemán por sus adversarios: la responsabilidad exclusiva del desencadenamiento de la contienda. A pesar del pacifismo alemán, sin embargo, terminó imponiéndose la presión del cerco que sus rivales le tendieron.³⁰ Esta amenaza latente había reforzado en Alemania la voluntad de lograr la superioridad militar frente a sus rivales, a fin de defender su existencia misma como Estado nación.³¹

La denuncia del carácter imperialista de los Aliados fue una constante en las argumentaciones esgrimidas para la defensa de Alemania. Al examinar las causas últimas de la guerra, Quesada la atribuía a motivaciones puramente económicas y geopolíticas, básicamente a la combinación de los temores británicos al avance comercial alemán, que podría destronar a Inglaterra de su control de los mercados mundiales, con el irredentismo francés por Alsacia y Lorena y el paneslavismo ruso.³² Con respecto a América Latina, Alemania no abrigaba aspiraciones territoriales, a diferencia de las otras potencias:

“Alemania jamás ha pretendido desempeñar papel político en América: en cambio, Inglaterra se ha posesionado, durante el siglo XIX, de diversos territorios americanos, como, p. e., en lo que hoy es Honduras británica, en las islas Malvinas, etc., trató vanamente de conquistar a la misma Argentina en 1806 y 1807, y ha ejercido presión diplomática y militar en diversos estados latino-americanos; Francia, con la tentativa del imperio de Maximiliano, intentó la conquista de México, entre ambas – Francia e Inglaterra - trajeron varias intervenciones armadas al Río de la Plata, en la época de Rosas; los Estados Unidos, en sus sucesivos avances sobre México, le han arrebatado California, Texas, y han recibido a Puerto Rico como despojo de una guerra, ejerciendo el protectorado sobre Cuba y Panamá.”³³

Además de diferenciar a Alemania del imperialismo de la Triple Entente, Quesada alertaba sobre las veleidades expansionistas de los Estados Unidos, evidenciando un fuerte sentimiento antinorteamericano que, como vimos, estaba extendido en Latinoamérica y que habría de verse potenciado a partir de 1917 por la renovada acometida del panamericanismo de Estados Unidos.

Los intelectuales germanófilos hasta aquí analizados desestimaron otros dos argumentos propalados por la propaganda aliada. En primer lugar, negaron que la contienda consistiera en una lucha entre razas antagónicas: la latina y la germánica. Por

³⁰ Quesada, *op. cit.*, p. 41.

³¹ Ramos, *La significación...*, *op. cit.*, pp. 63-71; Quesada, *El “peligro alemán” en Sud América*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de Selin Suárez, 1915, p. 65.

³² Quesada, *La actual civilización germánica...*, *op. cit.*, pp. 6-7.

³³ Quesada, *El “peligro alemán”...*, *op. cit.*, p. 53.

un lado, Ramos consideraba que se estaba sobreestimando la significación concreta de Francia dentro de la Triple Entente. Por otro lado, la mezcla étnica y cultural había sido intensa a lo largo de la historia europea y, en consecuencia, había diluido los aportes latinos, de manera que, como tal, la raza latina no existía, era “una invención del siglo XIX, que se ha vulgarizado tanto que llega a revestir ribetes verdaderamente ridículos.”³⁴

En segundo lugar, la Gran Guerra tampoco se había desatado para “difundir por los pueblos enemigos principios de gobierno o de organización política de las sociedades”, como sostenía la propaganda aliada, que reducía la contienda al combate entre la democracia y la autocracia, entre la libertad y el autoritarismo. La presencia de la Rusia zarista en la coalición antialemana desmentía ampliamente esa pretensión,³⁵ sin contar con el hecho de que, en última instancia, Alemania era una monarquía parlamentaria, como Inglaterra.³⁶

A partir de 1917, aunque los intelectuales germanófilos continuaron desarrollando los tópicos discursivos previos, como la desmentida de las acusaciones que pesaban sobre Alemania, las causas económicas de la contienda y la manipulación de la opinión pública por parte de los Aliados, incorporaron una encendida defensa de la neutralidad. Ésta se basó en la afirmación de la inexistencia de razones válidas para que la Argentina modificara su política exterior y alterara su tradicional carácter de crisol de razas.³⁷ A su juicio, los efectos de la guerra submarina no justificaban un cambio de rumbo en los asuntos diplomáticos del país. Vergara Biedma consideró que la guerra submarina no estaba regulada por el derecho internacional, dado que se trataba de “una guerra nueva, que podrá ser lo que quiera menos violatoria de reglas jurídicas que no existen”.³⁸ Por otra parte, la guerra submarina era una represalia contra las violaciones previas de Gran Bretaña al derecho internacional: el bloqueo del mar del Norte, del canal de la Mancha y de parte del Mediterráneo; la declaración como contrabando de

³⁴ Ramos, *La significación...*, *op. cit.*, pp. 21-22, 95.

³⁵ *Ibidem*, p. 95. En 1917 el estallido de la revolución rusa hizo desaparecer esta contradicción de la propaganda aliada.

³⁶ Quesada, *La actual civilización...*, *op. cit.*, p. 43.

³⁷ Alfredo Colmo, “Los Estados Unidos y la neutralidad argentina”, en *Mi neutralismo*, Buenos Aires, Renovación, 1918. Conferencia pronunciada en el Teatro Coliseo el 19/7/1917.

³⁸ Vergara Biedma, *op. cit.*, p. 8.

mercancías carentes de usos bélicos; el registro compulsivo de buques mercantes; la violación de la correspondencia; las limitaciones concretas al comercio neutral, con el fin de sitiarse por hambre a su enemigo, medidas todas que eran más nocivas para las naciones neutrales que la guerra submarina.³⁹

El hundimiento de barcos argentinos no significaba un “agravio a la bandera”, como pretendían los rupturistas, y el daño material que había producido fue debidamente resarcido por el Imperio Alemán.⁴⁰ Tras descartar la guerra submarina como motivo de una eventual ruptura de la neutralidad, pasaban a refutar el argumento de las ventajas presentes y futuras que esa medida podía acarrear al país, en previsión de una hipotética victoria aliada. A juicio de Colmo, el apoyo a los Aliados especulando con los beneficios económicos a obtener en la posguerra constituía “una política exitista (...) poco noble (...) la política de los buitres”,⁴¹ inaceptable desde el punto de vista ético para la tradición histórica de la Argentina.⁴² Aun contemplando la situación desde una perspectiva puramente materialista, eran mayores los perjuicios que la intervención en la guerra podría conllevar: en lo inmediato, la desaparición de las reservas en metálico, la requisita de carnes y cereales, y las pérdidas humanas y materiales causadas por la participación directa en la contienda; en la posguerra, el monopolio comercial de los vencedores, resultante de la eliminación de la competencia alemana, y la sujeción a los Estados Unidos, con la pérdida consiguiente de la soberanía nacional.⁴³

No existiendo razones objetivas para que el país modificara su política exterior, sólo quedaba en pie la presión de los Estados Unidos, cuya participación en el conflicto obedecía a motivaciones puramente comerciales, ocultas tras su retórica de defensa de la libertad y la democracia.⁴⁴ El tan mentado panamericanismo impulsado desde Washington no se fundaba en la igualdad de las naciones sino en su sujeción; equivalía

³⁹ *Ibidem*, p. 25.

⁴⁰ Colmo, “Los factores del intervencionismo y del neutralismo”, en *op. cit.*, p. 64. Discurso preparado para un acto de la Liga Patriótica Argentina Pro Neutralidad previsto para el 12/10/1917 y finalmente suspendido.

⁴¹ Alfredo Colmo, “La Argentina ante la guerra”, en *op. cit.*, pp. 125-126.

⁴² *Ibidem.*, pp. 172-178.

⁴³ Vergara Biedma, *Guerra de mentiras*, *op. cit.*, p. 47; Colmo, “La Argentina ante la guerra”, art. cit., pp. 129-130.

⁴⁴ Colmo, “La Argentina ante la guerra”, art. cit., pp. 136-137.

meramente a “norteamericanismo”,⁴⁵ era “otra diabólica invención del egoísmo más crudo y del imperialismo más acentuado.”⁴⁶

Cabe acotar que, como otros neutralistas, las cuatro figuras aquí examinadas se contaron entre las autoridades de la Liga Patriótica Argentina Pro Neutralidad, y dos de ellas –Colmo y Vergara Biedma- asumieron además con frecuencia el rol de oradores en los mítines de la organización. Asimismo, brindaron su adhesión a la política exterior del gobierno argentino.

IV

Hasta los incidentes diplomáticos de 1917, la neutralidad ante la Primera Guerra Mundial había gozado del consenso de la sociedad argentina, que disociaba las simpatías por uno u otro de los bandos beligerantes del comportamiento del Estado en materia de política exterior. La coyuntura abierta por el conflicto con Alemania, en cambio, marcó un parteaguas en la percepción de la guerra por parte de la opinión pública, polarizada entre los rupturistas y los partidarios del sostenimiento de la neutralidad. En los ásperos debates públicos entre ambas corrientes de la opinión emergió una apelación común al nacionalismo, que difería a la hora de determinar el rumbo de la cuestión diplomática. Los rupturistas aspiraron a reajustar la posición oficial del gobierno argentino en función de la identificación con la Triple Entente, que se incrementó por la percepción de Alemania como un mutuo agresor, en tanto los neutralistas desestimaron los cambios y continuaron separando las influencias culturales europeas de la política exterior. En ese sentido, cabe señalar que incluso dentro del oficialismo había claros partidarios de los Aliados que, sin embargo, consideraron prudente respetar la neutralidad o eventualmente flexibilizarla (la llamada “neutralidad benévola”).

Los partidarios de la ruptura diplomática y los defensores de la neutralidad pasaron a denominarse recíprocamente “aliadófilos” y “germanófilos”, calificaciones hasta entonces objetivas pero ahora devaluadas y connotadas negativamente por cuanto implicaban la priorización de la afinidad con modelos culturales europeos frente a los deberes cívicos de la pertenencia a la nación.

⁴⁵ Alfredo Colmo, “Lo artificial y peligroso del intervencionismo y lo natural y saludable del neutralismo”, en *op. cit.*, p. 102.

⁴⁶ Colmo, “Los factores del intervencionismo y del neutralismo”, *art. cit.*, p. 60.

Por otra parte, si la caracterización como “aliadófilos” se ajustaba a quienes efectivamente simpatizaban con las naciones aliadas, que de hecho se reconocían como tales y mostraban una marcada homogeneidad ideológica, el rótulo de “germanófilos” carecía de la misma precisión. En ese sentido, era abarcativo de una gran variedad de situaciones, que tampoco se correspondían cabalmente con el oficialismo radical, toda vez que incluía a conservadores, socialistas, anarquistas y católicos, cuya adhesión a la neutralidad reconocía diversos fundamentos, como el panhispanismo, el internacionalismo clasista, el antiimperialismo, el pacifismo, la preocupación por preservar las relaciones comerciales con todos los beligerantes y la verdadera germanofilia. La intensidad de las pasiones nacionalistas desatadas por la guerra se plasmó así en la acuñación de un estereotipo que obliteró tanto la heterogeneidad constitutiva del campo neutralista como la especificidad de los mismos germanófilos.